Etimología del vocablo flamenco (I)

Consideraciones generales

CREO que fue González Climent, quien calificó el tema que abordo ahora como un «escándalo filológico». Tal circunstancia ha saltado nuestras fronteras y en «The new Grove dictionary of music and musicians», editado por Stanley Sadie, publicado en 1980 en su sexta edición al parecer y en veinte volúmenes, en su apartado sobre el flamenco y, particularmente, sobre su etimología, califica la cuestión como explicada generosamente, de forma turbulenta e inconsiderada.

La verdad, es que si hay algo curioso y sorprendente a la vez; a ratos divertido; en ocasiones desconcertante y, en todo momento, significativo del galimatías en que el flamenco, cante y vocablo, andan inmersos, solo han de tener la paciencia de leer estos artículos y comprobar lo que ha dado de sí esta renuente palabra, y las múltiples navegaciones que ha originado entre muchos —más de la cuenta diría yo— que se han acercado al tema con más decisión que prudencia, con más deseos que saberes o con más entusiasmo que rigurosidad. Creo que van para doce las interpretaciones dadas —o al menos las que yo he podido recoger—, algunas con subdivisiones y matices dentro de su propio talante. Y es muy posible que haya alguna más por ahí, posibilidad no desechable porque el vocablo, que adelanto es de origen jergal encierra, por ello, una clarísima circunstancia desorientadora y, a la postre, ha sido una perversa zancadilla semántica para cuantos se han acercado a él tratando de utilizar en cierto modo métodos lógicos cuando, en realidad, su nacimiento procede como he anticipado de decisiones reñidas con tal óptica de investigación. Al ser procedente del lenguaje de germanía, el mismo diccionario de la Real Academia, ya nos advierte al definirlo, como en este habla o jerga se usan palabras del idioma español, pero con distinto significado del habitual y propio, ya que esta era la intención primaria de su uso: ocultar el sentido de lo que se habla. Y vaya si lo consiguieron. Al parecer solo el profesor García Matos atisbó algo del desaguisado, aunque luego se perdiera por la flamancia y los colores vivos. Voy a adelantar con brevedad las distintas teorías formuladas para que vayan preparando el ánimo a lo que después iré desarrollando. Estas procedencias etimológicas se reparten así:

1. Cantores de capilla de Carlos I
2. Moriscos de los Tercios de Flandes
3. Cantos sinagogales
4. Cuchillo Flamenco
5. Paso por Alemania de los gitanos
6. Por contraste con los tipos étnicos flamencos
7. Del poema provenzal «Flamenca»
8. Del arábigo «Felah-mengu» y similares
9. Del simbolismo hindú
10. Del ave flamenco
11. Del bable falar
12. Del lenguaje de germanía.

Naturalmente que me estoy refiriendo, como es obvio, a la procedencia de la tecera acepción del diccionario de la Academia: «Dícese de lo andaluz que tiende a hacerse agitanado. Cante, aire, tipo flamenco». Pues bien, salvo la cuarta y la última, todas estas teorías son indemostrables, o acusan fallos de planteamiento graves y clamorosos. Y aún estas dos citadas habría que revisarlas con mucho cuidado. Como he dicho, las hay absurdas, ingeniosas, delirantes y hasta divertidas. Para mayor abundamiento este tramposo vocablo no nace ligado al cante sino que, anterior a él, por sentido traslaticio, define luego este aspecto de la etnomusicología andaluza. Tratar de encontrar esta ligazón (cante-vocablo) me ocupó mucho tiempo en su búsqueda, aunque no perdido porque, dándole vueltas a la cuestión, hallé muchas noticias de interés.

Conviene aclarar que algunas, solo algunas, de estas teorías o referencias que ahora ofrezco son de segunda mano, por imposibilidad material de ir a las fuentes originales ya que, por otra parte, tampoco eran fundamentales para el desarrollo de mi ensayo. No obstante, lo hago constar para avisos de inquietos o polemizadores. La posibilidad de algún gazapo es siempre previsible, porque en estos aires todo cuidado es poco.

No ha sido el rigor lo que ha primado, en líneas generales, en la investigación de estos temas. Y sorprende comprobar en el terreno en que se han desarrollado, hasta el punto de lo conveniente de comprobar en cada momento la autenticidad de datos y referencias. En los puntos relacionados con los gitanos y, especialmente, con los moriscos, la mayoría se ha despachado a gusto olvidando, de un lado a los «ziganólogos» más eminentes y a los principios de la música india, un pueblo que, de forma absoluta, tanto en la música carnática como en la indostánica, ha usado siempre la métrica de la poesía para fijar el tiempo musical, lo que está en franca contradicción con las formas interpreta ivas del flamenco; de otro, el total olvido de la historia social y musical de musulmanes y moriscos.

Quiero ahora dejar constancia de los textos que he usado para este estudio de la etimología del vocablo flamenco y que proceden de Angel Alvarez, Joan Corominas, Demófilo, Blas Infante, Antonio Mata, José Mercado, Ricardo Molina, Manuel Ríos y el citado «The new Grove dictionary». La referencia de Antonio S. Urbaneja, me fue proporcionada verbalmente por su autor, buen amigo y aventajado estudioso, aunque no compartamos algunas opiniones. «The new Grove dictionary», obra monumental de la música en lengua inglesa, merecerá un capítulo más adelante, porque aporta un gráfico sobre las interrelaciones y procedencias de los distintos cantes de forma muy completa y documentada, al menos la mejor que, hasta ahora, ha pasado por mis manos.

En muchos casos, tanto el aspecto musical como la etimología han ido unidos por sus autores, pero he preferido para no enredar las cosas atenerme exclusivamente, de momento, por la procedencia del vocablo. Y tengan presente como faro o guía de este desbordado acontecimiento, dos hechos fundamentales. El primero de ellos, que los datos más lejanos del origen del cante jondo, se sitúan allá por el último tercio del XVIII, y me parecen antiguos, ya que mis cálculos lo dan sobre 1811-1812. Después, reseñar que la academia admite la acepción al vocablo flamenco, en el sentido que nos ocupa en 1925. Y no me he equivocado, he dicho 1925. Y tengan presente, además, que la Academia fue fundada por Felipe V por más claras y significativas señas.

Y, llegado a este punto, me parece oportuno dejar para otro artículo el desarrollo de cada una de estas teorías. Procuraré ser lo más conciso posible, porque la consideración de todo ello «in extenso» podría dar para un texto de proporciones respetables. Así, pues, hasta pronto.

José Ruiz Sánchez
De la Real Academia de Bellas Artes de San Telmo

Diario Sur
27 agosto 1986